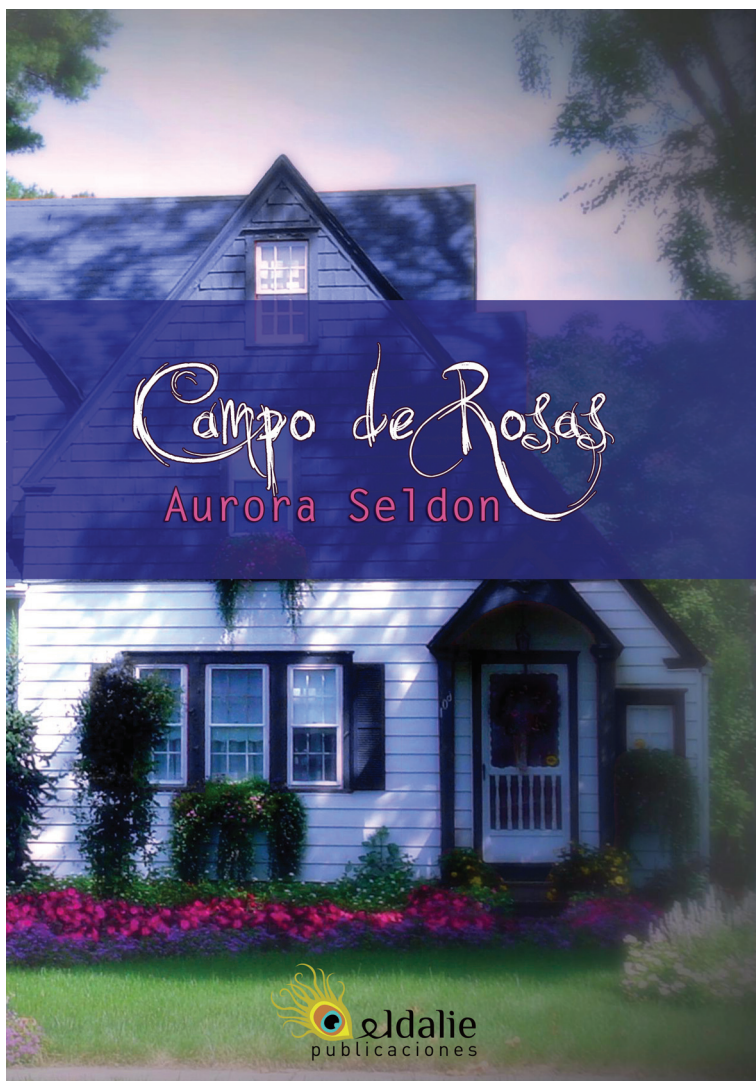


FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA  
DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.  
Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.  
© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon



FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA  
DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.  
Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.  
© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon

**FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA  
DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.**

**Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.**

© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon

*Campo de Rosas*  
Aurora Seldon

Eldalie Publicaciones

**FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA  
DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.**

**Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.**

© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon

**FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.**

**Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.**

**© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon**

**Advertencia: Este libro contiene material sólo apto para adultos, manténgalo fuera del alcance de lectores menores de edad.**

Algunos de los hechos que se narran están basados en leyendas locales; sin embargo el contenido de este relato es ficción. Algunas referencias se relacionan con hechos históricos o lugares existentes, pero los personajes, localizaciones e incidentes son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo, específico y por escrito de los titulares del copyright.

Publicado por  
Eldalie Publicaciones  
A.P. 386, Suc. Comandancia Norte  
Hermosillo, Sonora (México)  
[www.eldaliepb.com](http://www.eldaliepb.com)  
<http://shop.eldaliepb.com>

Publicado con permiso.

Campo de Rosas  
Colección Vanadis n° 9

Copyright © Aurora Seldon, 2010  
De esta edición © Eldalie Publicaciones, Junio 2011

ISBN: (por adjudicar)  
Primera edición electrónica: Junio 2011  
También disponible en libro impreso

Publicado en España

Editora: M. E. Rodríguez  
Maquetación y diseño de portada: Cordelia  
Ilustración de portada: morguefile.com

**FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.**

**Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.**

**© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon**

**FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA  
DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.  
Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.  
© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon**

*Para J.V.R.  
Por haber compartido nuestros sueños  
en esta aventura maravillosa que es la vida.*

**FRAGMENTO DE MUESTRA. PROHIBIDA SU DIFUSIÓN SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA  
DE LA EDITORIAL O LOS TITULARES DE LOS DERECHOS.  
Material protegido por copyright. Todos los derechos reservados.  
© Eldalie Publicaciones / © Aurora Seldon**

## Dentro de este libro...

Luego de gozar del mar un poco más, volteó a ver su casa.

Era una vista perfecta. La luz del sol destacaba la blancura de Rose Cottage y el azul de su techo. Desde ese ángulo se veía la terraza y el campo de rosas, como una marea rojo y verde que quisiera atrapar la casa en un abrazo mortal.

Sacudió la cabeza, evitando el pensamiento seguramente originado por su sueño, y sin dudarle más, sacó sus cosas y comenzó a trabajar.

Los minutos pasaron volando mientras el carboncillo daba vida a un boceto de la casa, rodeada de rosas en el resplandeciente sol de la mañana. Jimmy perdió la noción del tiempo, combinando colores y haciendo brotar del lienzo esa primera imagen de su hogar.

Su pintura había sido calificada por los críticos como intensa, de trazos definidos, a veces furiosos, como si quisiera desbordar una pasión contenida. Esa mañana la pasión se liberó y brotó de sus manos sin que se diera cuenta.

Cuando la sed se hizo apremiante volvió a la realidad, y mientras bebía de su botella, contempló su obra. Había pintado ya la mitad de la casa y parte del campo de rosas.

Era casi perfecta. Lo sería cuando estuviera terminada, pero lo era casi ya. La casa del lienzo tenía un realismo impresionante, parecía que las rosas se movían mecidas por el viento, que la brisa agitaba las cortinas, e incluso podía apreciarse una silueta en una de las ventanas del segundo piso.

Entonces Jimmy miró el lienzo, confundido. Luego miró la casa y nuevamente miró el lienzo. La ventana que había pintado, aquélla donde se veía la silueta, no existía en la vivienda real.

## Capítulo 1: Un hogar

### 1

AUNQUE NO la conocía todavía, James Clarendon siempre decía que amaba la campiña inglesa.

El joven de veintisiete años llevaba apenas unos minutos en Plymouth, en el condado de Devon, al suroeste de Inglaterra, y ya no estaba tan seguro de su afirmación, pues apenas bajó del buque en el que había cruzado la bahía, fue recibido por una lluvia intermitente y un desagradable viento.

James, o Jimmy, como todos lo llamaban, era norteamericano y aquella era la primera vez que estaba en Inglaterra, la patria de la que su novio Geoffrey le hablara tantas veces y que siempre había querido conocer.

Geoff se reuniría con él en un par de días, en el hotel Majestic, y luego se dedicarían a buscar una casa de campo que convertirían en su hogar. Para alguien que como James había pasado más de la mitad de su vida viviendo por turnos con sus parientes, luego de que sus padres fallecieron en un accidente, tener un hogar era un sueño hecho realidad.

Había conocido a Geoff en un bar de solteros en Nueva York, un día en que bebía solo en la barra, para olvidar una decepción amorosa. Se habían sentido atraídos desde que Geoff se sentó a su lado, se presentó y le pidió permiso para invitarle un trago, siempre tan inglés y tan caballeroso. Geoff era abogado y había llegado a los Estados Unidos hacía un par de semanas.

Tomaron su relación con mucha calma; primero fueron amigos y luego, poco a poco, vencidos los recelos de Geoff, se hicieron novios. Ser homosexuales en Nueva York en 1935 era mucho más fácil que en Inglaterra, en donde esa condición sexual había sido delito penado con la cárcel en épocas pasadas; sin embargo, a pesar de que ya existían importantes grupos activistas por los derechos de la población

homosexual, este término se seguía asociando con desórdenes mentales, por lo que ellos preferían mantenerlo en reserva.

Llevaban viviendo un año juntos y hacía un par de meses, Geoffrey había recibido la noticia de que su tía abuela Margaret Whitcomb había fallecido, dejándole una importante suma de dinero.

Jimmy no lo había pensado dos veces. Se moría por conocer la Inglaterra de la que tanto hablaba Geoff. Sentía fascinación por las casas rurales y la campiña inglesa y deseaba con toda el alma dedicarse a plasmarlas en sus pinturas. Porque Jimmy era pintor. No un pintor famoso, pero había obtenido cierto renombre por sus trabajos de paisajes marinos y campestres.

En Nueva York Jimmy se sentía reprimido. Tenía la sensación de que su arte no afloraba completamente, encerrado en el concreto de la Gran Manzana. Quería sentirse libre, e Inglaterra era una magnífica oportunidad para buscar la inspiración que dejaría salir de sus pinceles al verdadero James Clarendon.

Planeaban instalarse en el campo, lo más cerca posible al mar que Jimmy amaba. Por eso, mientras Geoff ultimaba los detalles para entrar en posesión de su herencia, Jimmy se había trasladado a Plymouth, desde donde comenzaría la búsqueda.

## 2

El pintor durmió en el Majestic y, al día siguiente, con un brillante sol que le mostró Inglaterra en todo su esplendor, comenzó un recorrido por la ciudad.

Visitó el centro y el museo de arte y terminó el día en la torre Smeaton, el tercero y más notable faro de Eddystone construido con las técnicas más modernas en ese tipo de estructuras. Hizo varios bocetos y, cuando volvió al hotel, encontró un telegrama de Geoffrey que decía que se reuniría con él la noche siguiente.

El segundo día, alquiló un coche Daimler con chofer y comenzó su recorrido por la campiña, interrumpiéndolo frecuentemente para hacer apuntes de los alrededores. Había casonas preciosas, sin embargo ninguna llamó su atención como para llamarla hogar. Mientras hacía el recorrido, se ganó varias reprobadoras miradas del señor Horbury, su chofer, a causa de su entusiasmo en dibujar lo que él llamaba «rincones preciosos» y que para el hombre no eran más que troncos caídos, flores y residencias antiguas.

En una ocasión sorprendió a Horbury observándolo y le sonrió con amabilidad, a la que el chofer respondió con una ligera inclinación de cabeza, y se quedó tan

tioso que a Jimmy le provocó dibujarlo y tuvo que hacer esfuerzos por contenerse.

Después de eso, el chofer se tornó más distante y su actitud le causó a Jimmy cierta incomodidad. Geoff le había advertido lo conservadora que era la gente del campo y acababa de tener una muestra palpable de ello. Parecía que su aspecto era motivo de reprobación: llevaba unos tejanos gastados y una camisa manga corta del mismo material, con un pañuelo a cuadros rojos y blancos atado al cuello. En su opinión, se parecía a un Gary Cooper de ojos azules y cabello rubio, y se sentía muy cómodo, pero era evidente que Horbury no pensaba igual.

Merendaron en un pequeño restaurante y allí Jimmy indagó sobre más viviendas campestres que estuvieran en venta. Provisto de una lista, prosiguió el viaje por la tarde, pero tuvo que volver al hotel sin haber encontrado nada que le satisficiera.

### 3

Esa noche se reunió con Geoff en la habitación doble que compartirían. Habían planeado hacerse pasar por primos lejanos para no despertar sospechas sobre su condición sexual y por eso habían elegido Plymouth para comenzar la búsqueda de una casa: la familia de Geoffrey vivía en Kent, lo suficientemente alejados para no ser un problema.

Apenas el abogado traspuso el umbral de la puerta, Jimmy lo abrazó. Se besaron apasionadamente, como si no se hubieran visto en años, y cuando por fin pudieron hablar, Geoff le preguntó cómo le había ido, y Jimmy no pudo disimular su decepción al expresar su fracaso en encontrar la vivienda ideal.

Ante su sorpresa, Geoff se echó a reír.

—Apenas llevas un día buscando. Esta zona está llena de casas, encontraremos alguna apropiada.

—¡Como si fuera tan fácil!

—Muchas familias no pueden mantener viviendas así. Después de la guerra hubo una grave crisis económica que persiste aún. Ya verás, mañana saldremos en mi coche y encontraremos nuestro hogar. —Geoff sonrió con confianza. Siempre era así. El abogado tenía treinta y cinco años y era la voz racional que aconsejaba al pintor.

Jimmy hizo un mohín y le echó los brazos al cuello. Geoff era su única verdadera familia y lo amaba. Amaba su seriedad, su modo formal de vestirse y su manera de ser, tan *inglesa*. Pero también lo amaba cuando dejaba ese lado profesional y se paseaba desnudo por la habitación, dándole una deliciosa visión de su bien formado

cuerpo habituado a jugar al tenis.

—Estuve trabajando un poco —informó y procedió a mostrarle a Geoff sus apuntes. Al instante se entusiasmó hablando de sus pequeños rincones preciosos y, cuando el abogado bromeó con que seguramente había pasado más tiempo dibujando que buscando, le lanzó un almohadón a la cabeza.

Esa noche cenaron en la habitación y se amaron con lentitud, conteniendo a duras penas los gemidos de pasión que brotaban de sus labios, pues temían ser oídos por los otros huéspedes. Se quedaron dormidos enseguida; deseaban aprovechar al máximo el día siguiente.

#### 4

Después de tres días de búsqueda en el coche de Geoff e innumerables apuntes y besos robados en la intimidad del campo, él tuvo que admitir que la tarea no era tan fácil como había pensado.

Habían visitado una agencia inmobiliaria que les proporcionó una lista de propiedades y, con ella en mano, habían visitado casas magníficas a precios bastante asequibles, pero Jimmy no se mostraba entusiasmado. Como decía, todavía no había encontrado una casa que sintiera su hogar, que lo llamara con sólo verla, que lo enamorase y sedujese.

Y a la mañana del cuarto día, el humor del pintor había decaído notablemente.

Eso le sucedía cuando no lograba conseguir algo que le importaba y se sentía responsable. Geoff estaba seguro de que se sentía culpable de tenerlo buscando y buscando, sin encontrar algo adecuado, y sabía que si lo presionaba, lo haría sentir peor.

Mientras conducía su Bentley por los caminos de la campiña, Geoffrey observaba a su novio. La carpeta de apuntes yacía abandonada sobre el asiento, los soñadores ojos azules observaban la carretera y su cabello se agitaba con la ligera brisa de finales de mayo. Llevaba la pañoleta a cuadros atada al cuello y se había desabrochado la camisa, dejando ver su pecho, pues no llevaba camiseta. Eso en algunos lugares equivalía a andar desnudo, pero a él no parecía importarle. Jimmy quería vivir su vida libre y a su manera. Por eso se había enamorado de él.

Aunque en esos momentos, Geoff se preguntó si no habrían cometido un error viniendo a Inglaterra. Quizá si vivieran en Londres sería diferente, pero Jimmy no había querido oír una palabra sobre eso. Él quería vivir en el campo y allí viviría.

Y cuando a Jimmy se le metía una idea en la cabeza, la llevaba a cabo a como diera lugar.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó de pronto el pintor, saliendo de su letargo y pasándose la mano por el cabello, que llevaba casi hasta los hombros y se negaba a cortar.

—No sé. Podemos volver o seguir hasta Sidmouth. No está lejos y quizá allí encontremos algo.

Jimmy consultó el plano de la región y la lista de la agencia inmobiliaria.

—Aquí no dice nada de Sidmouth. —Suspiró con desánimo—. Pero prefiero ir allí que volver. Vamos.

Geoffrey se armó de paciencia y siguió dirección a Sidmouth, un pequeño y cálido pueblo costero situado el valle formado en la desembocadura del río Sid, al que debía su nombre. Allí encontraron dos casas en venta, pero Jimmy mostró su decepción y no quiso bajarse a mirar.

Geoffrey estaba decidido a dejar Plymouth y trasladarse a Sussex a buscar la vivienda, pero antes de que expresara en voz alta ese plan, Jimmy exclamó:

—¡Allí! ¡Detente!

Bajaban por una carretera algo elevada, frente a la playa, y sobre una baja colina, había una pequeña villa blanca y azul de estilo victoriano. Había un rótulo de «Se vende» en medio del camino y Jimmy saltó de entusiasmo. Sus ojos brillaron como nunca captando todos los detalles del pequeño sendero que llevaba a la casa. «Rose Cottage» era su nombre y, haciéndole el honor debido, tenía un campo de rosas a la derecha, que se extendía hasta rodear la parte trasera, desde donde se veía el mar.

—Esa es la casa. ¡Nuestra casa! —exclamó Jimmy mientras Geoff conducía por el sendero, acercándose a ella.

## 5

Jimmy no podía dejar de mirar la casa. Era su casa, estaba seguro. Sentía como si la casa lo hubiera reconocido y él creía plenamente en ese tipo de señales. «Ese será mi hogar», se dijo sonriendo. El porche tenía unas escaleras y una baranda blanca. Las ventanas estaban adornadas por cortinas de terciopelo rojo y en una de las ventanas del segundo piso vio a un muchacho agitando la mano y respondió sin pensar, agitando a su vez la mano con entusiasmo.

Geoffrey lo miró extrañado, pero nada dijo. Jimmy solía expresar su entusiasmo

de formas bastante originales, aunque no se le había ocurrido que saludar a una casa de campo formara parte de ellas.

Apenas se detuvo el coche, Jimmy se bajó y, sin dudar, subió a saltos la escalera y llamó a la puerta.

Una dama entrada en años les abrió y sus ojos se dirigieron automáticamente hacia Jimmy, a quien recorrió de pies a cabeza mientras él se presentaba despreocupadamente:

–Buenas tardes. Mi nombre es James Clarendon y éste es mi primo Geoffrey Withcomb. Nos gustaría comprar su casa.

La anciana abrió la boca y la volvió a cerrar cuando Geoffrey empezó a hablar, tranquilizada por su acento inglés.

–Discúlpenos, señora. Mi primo James es americano y es su primera visita a Inglaterra. Temo que ha resultado demasiado entusiasmado por su propiedad. Sé que no tenemos autorización de los agentes de bienes raíces, pero nos gustaría ver la casa, si no es inconveniente para usted.

La dama dudó unos momentos, pero los hizo pasar, recelosa aún.

Su recelo no duró demasiado, pues Geoffrey la puso en antecedentes sobre su familia. Los Withcomb eran originarios de Kent, y el padre de Geoffrey había servido en el ejército. Resultó que la señora Jane Dunn tenía parientes en Kent y conocía a los Withcomb.

Mientras hablaban, Jimmy recorría la casa sin dejar de proferir exclamaciones de entusiasmo. Interiormente imaginaba el decorado, planeaba las reformas y soñaba con instalarse allí lo más pronto posible.

Cuando llegaron a la planta alta, la anciana hizo un cansado gesto y se apoyó en la barandilla de la escalera.

Jimmy le dijo entonces:

–Si está fatigada, quizá su hijo podría enseñarnos el resto de la casa.

La señora Dunn se lo quedó mirando fijamente.

–¿Perdón?

–Su hijo... Er... Me refiero al joven que miraba por la ventana, hace un rato, cuando veníamos por el sendero.

La señora lo miró aún más confundida.

–Lo siento, no lo entiendo. En esta casa no hay nadie más que yo.

Jimmy se quedó atónito y Geoff acudió en su ayuda, dirigiendo nuevamente

la conversación hacia la enfermedad que había llevado a la tumba al señor Dunn y hacia los planes de su viuda de mudarse a Kent una vez vendida la casa.

El recorrido siguió. La vivienda era bastante grande, pero se conservaba en buen estado. Había pertenecido antes a una familia que se mudó a Exeter y luego la habían comprado los Dunn. El anciano señor Dunn había fallecido en ese invierno y su esposa deseaba mudarse. La casa era demasiado grande para ella.

Geoff asintió, comprensivo. La vivienda necesitaría algunas reformas, un par de cuartos de baño nuevos, una cocina mejor equipada y algunas reparaciones menores, pero se sentía satisfecho con el conjunto. Tenía un salón que daba a la terraza, separado por una puerta vidriera, con una magnífica vista al mar; un comedor con chimenea, una salita de té, un salón de fumar, y un estudio-biblioteca cuyos libros brillaban por su ausencia. También tenía una amplia y anticuada cocina y las habitaciones para el servicio. En la segunda planta había cuatro dormitorios y un enorme ático que Jimmy planeaba convertir en su estudio.

El campo de rosas estaba descuidado, pues el presupuesto de la señora Dunn no alcanzaba para mantenerlo apropiadamente. Los rosales crecían tapando un poco la visibilidad y dándole a ese ángulo de la casa un aspecto un tanto salvaje que a Jimmy le agradó.

El incidente del chico en la ventana lo había perturbado un poco, pero luego se dijo que quizá lo había imaginado debido al cansancio y, ganado por el entusiasmo de la casa, lo olvidó.

Las paredes estaban cubiertas por un papel mural en el que predominaba el color mostaza y Jimmy se dijo que sería lo primero que cambiaría. Pensaba que estaba completamente fuera de lugar e imaginó el nuevo diseño, tan nítido en su mente como si lo estuviera viendo. Hipnotizado, se quedó parado en el recibidor mirando hacia el salón redecorado que surgía de su imaginación, hasta que Geoff carraspeó y le tocó ligeramente el codo. El recorrido había finalizado.

Jimmy lamentó tener que irse. Sentía que la casa era suya, que cada crujido de la madera al caminar le era familiar, que era su hogar.

Geoffrey así lo comprendió, y prometió comunicarse rápidamente con los agentes inmobiliarios. Como la suma que pidieron no era muy elevada, cerraron el trato enseguida.

6

Un mes y medio después se instalaron en Rose Cottage. Tal y como había previsto Geoff, la cocina fue completamente remodelada al igual que los baños; sin embargo, Jimmy dejó el baño de la habitación principal del segundo piso exactamente igual, con su grifería de bronce reluciente y su enorme bañera con patas de perro. Los Dunn habían hecho reformas en el sistema de agua y en la calefacción, de modo que podría tomar un delicioso baño caliente a la bañera a la hora que quisiera sin mayor esfuerzo.

Jimmy había supervisado toda la decoración y para Geoff fue una sorpresa, pues había pensado que su novio preferiría un estilo moderno y, por el contrario, éste optó por devolverle a la casa su aspecto original.

Mientras se hacían las reparaciones, la pareja se instaló en un pequeño hotel en Sidmouth, siempre haciéndose pasar por primos lejanos, y dedicaron el tiempo a escoger los muebles, las cortinas y el tapizado de las paredes, sin dejar de recorrer la zona y sus preciosos paisajes campestres y marinos.

Jimmy parecía saber exactamente qué muebles le hacían falta. Conservó gran parte del mobiliario original, pero compró otras piezas. Era como si tuviera en la mente el tipo de armario de la esquina, las mesitas talladas de los pasillos, los taburetes que faltaban en la salita de té. A veces los dibujaba y eso facilitaba la búsqueda, aunque no dejaba de ser extraño. Por muy artista que fuera, Jimmy se había criado en Nueva York y no estaba familiarizado con el estilo victoriano.

Cuando Geoff le preguntó al respecto, Jimmy sonrió.

—No lo sé. Yo sólo cierro los ojos y los imagino allí.

Con el papel tapiz ocurrió algo similar. Recorrieron varios establecimientos y hojearon interminables catálogos, sin encontrar lo que Jimmy quería. Finalmente, en una tienda de Londres especializada en decorado victoriano, un dependiente examinó atentamente los dibujos del joven y les informó que ese tipo de papel no se fabricaba desde hacía diez años, pero que podrían ayudarles, dependiendo de la cantidad.

Geoffrey aceptó a regañadientes, pues era una suma elevada que se salía del presupuesto, pero Jimmy estaba convencido de que la casa no sería igual sin él, de modo que mandaron a hacer un papel color rojo oscuro, con hojas de parra color crema y dorado rodeando un jarrón también dorado y lleno de diminutas uvas de

oro, para usarlo en el salón, el comedor, la biblioteca y la sala de fumar. El salón de té llevaría otro color crema, con una enredadera verde llena de florecillas rojas y pájaros azules; y los dormitorios, otro verde, lleno de flores amarillas, rojas y doradas.

Durante el tiempo que duró la reparación conocieron a varias familias del pueblo, algunas muy simpáticas, y pronto fue evidente que había que dar alguna explicación para que dos hombres jóvenes y atractivos vivieran solos en una enorme casona de campo.

La explicación fue una ficticia enfermedad nerviosa de Geoffrey, causada por la tensión de la ciudad, y que había motivado que su médico le recomendara vivir en el campo. Como su primo americano James se dedicaba a pintar viviendas rurales, era el compañero ideal.

No sabían si habían resultado lo suficientemente convincentes, pero fueron tratados con mucha amabilidad e invitados a cenar con frecuencia, aunque también advirtieron varias miradas suspicaces.

Y así, en ese ir y venir, decorando, amoblando, paseando y alternando con los vecinos, la pareja se encontró por fin sola en lo que sería su nuevo hogar.

7

Eran mediados de julio y hacía una noche muy cálida, por lo que Jimmy andaba por la casa en pantalones cortos y camiseta. Si había algo que no le gustaba, era vestirse formal para cenar.

Geoffrey lo miró alzando las cejas, pero no dijo nada. La cena estaba servida, la puerta vidriera de la terraza abierta y el sonido del mar a lo lejos hacía mágico el ambiente... Aunque Jimmy vistiera como un vagabundo.

—Ya sé —murmuró el joven haciendo un gracioso mohín—. Los ingleses se visten para la cena. Lo haré, lo juro, pero esta es nuestra primera noche en nuestro hogar. Déjame disfrutarla.

—Claro. —Geoff sonrió al oír esas palabras. Hogar. Era grandioso y a la vez increíble que lo hubieran hecho. A veces se asustaba ante su audacia de vivir con Jimmy en un pequeño pueblo, pero ver el entusiasmo y la alegría de su novio lo hacía olvidar esos temores.

Luego de la cena recogieron juntos la mesa y lavaron los platos como habían hecho muchas veces en su piso de Nueva York. No tenían servicio de noche, era algo en lo que Jimmy había insistido mucho. No quería mayordomos, doncellas o

cocineras entrometiéndose en su intimidad. La señora Cadwell iba todos los días de once a cuatro a cocinar y preparar el té que Jimmy adoraba. Luego, ellos calentaban la cena y al día siguiente preparaban el desayuno. Cuatro veces por semana, Lizzie Douglas, una muchacha del pueblo, iba a hacer la limpieza y lavar la ropa. Billy Stevens, el joven jardinero que iba dos veces por semana, completaba el conjunto. Jimmy afirmaba que no necesitaba nada más.

El joven sirvió el café en la terraza y se sentó en el cómodo sofá de mimbre, junto a Geoff, disfrutando la brisa con olor a mar, satisfecho de esa total intimidad.

–¿Feliz? –preguntó Geoffrey, dándole un beso en la frente.

–Más que nunca –respondió Jimmy, apoyando la cabeza en el pecho de su novio–. Es perfecta... todo es perfecto. Sé que seremos muy felices aquí.

Esa noche se amaron sin inhibiciones, sin reprimir los gritos de éxtasis que habían controlado tanto en el hotel. Mientras penetraba a Geoff, Jimmy sintió que nada podía ser más perfecto. Ellos dos solos, la casa, el mar y el campo de rosas. Todo allí inspiraba y desbordaba pasión. Sentía enormes deseos de ponerse a pintar.

## 8

Tres días más tarde, Jimmy se quedó solo por primera vez. Geoffrey había ido a visitar a sus padres en Kent y a preparar el terreno para que lo conocieran. No le parecía una buena idea, pero Geoff era testarudo y partió de todos modos. Eso le dejaba el día libre y decidió aprovecharlo pintando.

Se vistió con una fresca camisa de algodón, pantalones de pana, zapatillas de lona sin calcetines y un enorme sombrero. Cogió su caballete y sus pinturas, así como unos bocadillos y una botella de agua, dispuesto a disfrutar por completo de su soledad.

Amaba a Geoff pero cuando se ponía a pintar simplemente el mundo dejaba de girar y se concentraba sólo en su trabajo.

Vagó unos momentos por el campo de rosas. Había pedido al jardinero que podase un poco, pero que mantuviera el aspecto salvaje. Le gustaba así: tenía la sensación de que por la noche los rosales crecerían ocultando la casa como en el cuento de la Bella Durmiente, y que al despertar encontraría a su príncipe que lo salvaría de los rosales. Sólo que en su sueño, el príncipe tenía el cabello castaño y no negro como el de Geoff.

Era un sueño extraño y, como todos los sueños así, lo dejó estar.

Caminó en línea recta hacia el límite de la propiedad, señalado por un muro bajo de piedra junto al que había un acantilado de abrupta pendiente, y contempló desde allí el mar. Era una vista magnífica y se quedó un largo rato disfrutándola, sintiendo cómo la brisa le agitaba los cabellos. Geoff le había sugerido muy sutilmente cortarlos, pero él no quería ni oír hablar de eso. Ni siquiera los llevaba tan largos y le gustaba que el flequillo le cayera sobre el rostro. También le gustaba dejarse una incipiente barba, lo justo para que su rostro raspara al besarlo. Lo encontraba muy artístico y le importaba muy poco lo que pensarán los habitantes de Sidmouth. Incluso había notado miradas de interés en algunas muchachas.

Luego de gozar del mar un poco más, volteó a ver su casa.

Era una vista perfecta. La luz del sol destacaba la blancura de Rose Cottage y el azul de su techo. Desde ese ángulo se veía la terraza y el campo de rosas, como una marea rojo y verde que quisiera atrapar la casa en un abrazo mortal.

Sacudió la cabeza, evitando el pensamiento seguramente originado por su sueño, y sin dudar más, sacó sus cosas y comenzó a trabajar.

Los minutos pasaron volando mientras el carboncillo daba vida a un boceto de la casa, rodeada de rosas en el resplandeciente sol de la mañana. Jimmy perdió la noción del tiempo, combinando colores y haciendo brotar del lienzo esa primera imagen de su hogar.

Su pintura había sido calificada por los críticos como intensa, de trazos definidos, a veces furiosos, como si quisiera desbordar una pasión contenida. Esa mañana la pasión se liberó y brotó de sus manos sin que se diera cuenta.

Cuando la sed se hizo apremiante volvió a la realidad, y mientras bebía de su botella, contempló su obra. Había pintado ya la mitad de la casa y parte del campo de rosas.

Era casi perfecta. Lo sería cuando estuviera terminada, pero lo era casi ya. La casa del lienzo tenía un realismo impresionante, parecía que las rosas se movían mecidas por el viento, que la brisa agitaba las cortinas, e incluso podía apreciarse una silueta en una de las ventanas del segundo piso.

Entonces Jimmy miró el lienzo, confundido. Luego miró la casa y nuevamente miró el lienzo. La ventana que había pintado, aquella donde se veía la silueta, no existía en la vivienda real.